

que, como hemos dicho, era poco grave; el marqués se dió friegas en su dolorido brazo, y luego, después de indemnizar al buen Pichard, que se resistía, de los destrozos resultantes de la lucha con los borrachos, se encaminaron los dos amigos hacia la calle de Saint-Médéric.

XVII

LO QUE SE OYE BAJO LA HIEDRA

La calle de Saint-Médéric, vía estrecha y de poca longitud, estaba orillada, por un lado, por una serie de terrenos incultos, y, por el otro, por algunas casas compradas secretamente — como hemos visto por la escritura de compra de una de ellas — que formaban el claustro pagano en que Luis XV hacía encerrar á jóvenes inocentes que este príncipe, miserablemente votuoso, destinaba al culto del amor.

En el centro de las distintas y heteróclitas construcciones de ese harén improvisado, se alzaba un pabellón que había pertenecido á la Pompadour y que ésta cedió para las propias necesidades de su causa. En ese pabellón estaba la entrada principal del establecimiento, la destinada exclusivamente al rey.

Un gran espacio vacío situado detrás de las construcciones así reunidas para un mismo uso, se había trans-

formado en jardín. Todo hallábase rodeado de una tapia de diez pies de altura que no permitía que penetrara en su interior ninguna mirada indiscreta.

Cuando los dos jóvenes, después de seguir el itinerario indicado por el hostelero, se internaron resueltamente en la calle de Saint-Médéric, no vieron más que una carroza parada ante la puerta del pabellón.

Cada casita, como pudieron observar, contenía un puesto en que había una docena de soldados.

En seguida se dieron cuenta de que con semejante despliegue de fuerzas, no les presentaba aquella parte del establecimiento ningún acceso posible.

— Sería una locura intentar cualquier cosa por aquí — murmuró el vizconde de Dizons al oído de su compañero. — Como ha dicho la señora abadesa de Picpus, nos apresarian á la menor tentativa ostensible que hiciésemos para introducirnos en esta casi fortaleza.

— Soy de la misma opinión, Romualdo — dijo, contrariado, el marqués. — Pero quisiera saber qué estratagema vamos á emplear para entrar en relaciones con Blanca y preparar su evasión.

— Busquemos.

Al pasar ante el vehículo parado, notaron que las portezuelas no tenían iniciales ni armas.

El cochero, que dormía tranquilamente en el pescante tenía una librea muy sencilla.

— ¡El carruaje del rey! — dijo en voz baja, Dizons.

— ¿Está usted seguro?

— Me han dicho que cuando viene á este lugar maldito lo hace en una carroza igual.

— En ese caso, debe de estar ahí.

— Es posible.

— ¡Junto á Blanca, tal vez! — gruñó sordamente el marqués. — ¡ Oh! ¡qué infamia! ¡Y pensar que no puedo arrojarme entre ella y él!

— No pierda su sangre fría, Enrique; su exaltación podría traicionarnos. Fijese, ya nos observan.

No se equivocaba el vizconde.

La presencia de dos gentileshombres en la calle de Saint-Médéric, había provocado un movimiento de curiosidad entre los soldados de las diferentes facciones, y varios empezaban ya á dirigirles miradas sospechosas.

— Venga, Enrique, venga — dijo el vizconde llevándose á su amigo; — aquí se sospecha del menor curioso, y debemos salir en seguida.

— ¿Y á dónde, pues, quiere usted llevarme?

— Al lado opuesto; puede ser que allí tengamos más probabilidades de éxito.

Los jóvenes salieron de la calle, dieron la vuelta al establecimiento y llegaron á la tapia del fondo, que tocaba casi á la del parque de Versalles.

Allí era completa la soledad, y los dos amigos no temían ser espiados.

Empezaron á recorrer una vereda de unos tres pies de ancho, en donde crecían en completa libertad hierbas y plantas parásitas.

— ¡Demonio! — exclamó Enrique midiendo con una mirada la tapia que cercaba el harén, — nuestra intru-

sión ahí dentro me parece tan problemática por delante como por detrás, porque, á menos de ser pájaro, creo difícil poder llegar á la cima de ese muro.

— No es tan difícil, querido Enrique — dijo el vizconde, cuyos ojos acababan de fijarse en un punto de la muralla poco distante de ellos.

— ¡Bah!

— Mire allí, á unos veinte pasos de nosotros, esa mata de hiedra que cubre las dos terceras partes de la altura de la tapia.

— Sí ¿y qué?

— Pues que eso puede servirnos de escala.

— ¿Esos frágiles tallos? Nunca tendrán suficiente resistencia para soportar nuestro peso.

— Ellos no; pero tampoco tengo intención de emplearlos como apoyo.

— Entonces, no entiendo...

— Sin embargo, la cosa es bien sencilla... La hiedra, sépalo, Enrique, es enemigo encarnizado de la piedra. Se sirve de ella para elevarse; pero, al mismo tiempo, la destruye, porque, á medida que crece y sube por ella, le introduce sus miles de zarcillos en los poros por muy compactos que sean, zarcillos que disgregan tan enteramente sus moléculas que éstas acaban por no formar más que una masa sin consistencia y fácilmente perforable con cualquier objeto algo duro.

Y, como la hiedra que ve ahí ha debido de conducirse de ese modo con las piedras de la tapia, yo, mediante mi espada, voy á horadar algunas, y á fabricar así una cómoda escalera.

Mientras hablaba su amigo, habíase acercado Enrique al macizo de hiedra. Lo entreabrió para que el vizconde pudiera cerciorarse del estado de las piedras que ocultaba, lo que éste se apresuró á hacer pasando su mano por la abertura, movimiento que fué acompañado de una exclamación de alegría por él lanzada.

— ¿Qué le decía yo? — exclamó radiante enseñando sus dedos, á los que se adhería una capa de arena húmeda. — Con sólo tocar á estas piedras me llevo una parte de ellas, son de extremada friabilidad.

— En efecto, es verdad — observó Lagardère, admirando la ciencia de su amigo. — Confieso que ignoraba en absoluto tal propiedad de la hiedra; lo que prueba, querido Romualdo, que conviene saber botánica, ciencia de que sólo tengo vagas nociones.

El vizconde empezó ya á trabajar, registrando vigorosamente el muro con la espada.

Imitóle el marqués.

En diez minutos, practicaron cuatro brechas escalonadas y lo bastante profundas para introducir en ellas medio pie.

— Ahora — aconsejó el señor de Dizons, — súbase á mis hombros; haga encima de estas, otras cuatro hendiduras parecidas y quedará terminada nuestra escalera.

El hermano de Blanca efectuó lo que le ordenaba su amigo y poco después había ya perforado en las piedras cuatro nuevas cavidades.

Desde la más alta, podía sin dificultad llegar á la cima del muro y alzarse en él á fuerza de puños.

— Ya que está usted á medio camino — dijo el vizconde — aproveche para llegar á la cumbre de la tapia.

— Eso es lo que voy á hacer... sintiendo no poder prestarle el mismo servicio, porque á usted le va á costar más trabajo que á mí.

— ¡Bah! eso no es nada. Además, me tenderá usted la mano para ayudarme á subir los últimos escalones, con lo cual quedaremos en paz.

La distancia que separaba aún al marqués de la cresta de la muralla, era relativamente corta, razón que le permitió hallarse pronto á horcajadas sobre aquélla, montado blandamente en un lecho de hojas y plantas trepadoras, líquenes y parietarias que formaban mullida alfombra.

Á sus pies se extendía un vasto y lindo jardín, limitado frente á él por las casitas del Parque de los Ciervos.

No se veía á nadie.

Mientras inspeccionaba en todos sentidos, con la esperanza de descubrir algún indicio de la presencia de Blanca, el vizconde operaba su ascensión.

— ¿La mano, Enrique? — dijo al marqués, así que hubo llegado á la última brecha.

— ¡Aquí está! — exclamó el joven atrayendo con poderoso esfuerzo á Dizons junto á sí.

— No veo nada — observó este último, después de sondear con los ojos el espacio; — creyérase que este lugar está deshabitado.

— Eso es lo que yo pensaba... En fin, más vale así,

pues de ese modo podremos practicar mejor un reconocimiento. ¡Ea! ¡adelante!

Y dicho esto, el marqués se dispuso á saltar al jardín.

— Un momento, Enrique — dijo el novio de Luisa Moutier deteniéndolo cuando iba á dar el salto; — pienso una cosa: ¿no cree usted que sería preferible quedarse aquí, en donde estamos en vez de saltar al parque?

— ¿Quedarnos en este muro? ¡Extraña ocurrencia!

— ¡Más bajo, amigo, más bajo! Sería imprudente revelar nuestra presencia y los bosquecillos de este jardín podrían ocultar á algún escucha... Volviendo á mi idea, quizá sea rara; pero de todos modos es buena, porque, una vez dentro, nos hallamos prisioneros del todo. En efecto, para salir de ahí, no nos quedará el recurso de hacer por esa parte del muro, donde no se ve nada de hiedra, lo que acabamos de hacer por la otra, y, por consiguiente, en cualquier momento nos veremos fatalmente obligados á caer en poder de los soldados de guardia; perspectiva poco tranquilizadora, dada la jerarquía del propietario de esta finca y su carácter sombrío.

— ¡Diantre! — exclamó el marqués. — No había caído en ello. Por fortuna, usted está en todo, y su razonamiento es muy justo: nos queda cortada toda retirada. Pero, en ese caso, ¿cómo conseguir abocarnos con Blanca?

— Esperándola aquí. En cuanto la veamos aparecer por el jardín — pues es de presumir que con el sober-

bio tiempo que hace hoy no se quedará en su cuarto, sino que deseará gozar de la agradable temperatura — haremos que nos vea y la invitaremos á venir á hablar-nos. Entonces, con ella, tomaremos las disposiciones necesarias á su evasión.

— La idea es buena. Pero, permítame una pregunta. ¿Qué será de nuestros proyectos, si nos ven desde las casas, lo que es muy probable, y nos obligan á huir antes de que venga mi hermana?

— De dos males, siempre hay que escoger el menor, y convendrá usted en que es preferible estar libre que cautivo.

— Evidentemente.

— Además, quizás sea posible hacernos invisibles.

— ¡Invisibles! Parece que tiene usted ganas de bromas.

— No lo crea usted.

— Explíquese, pues, Romualdo.

— ¿Por qué — continuó el vizconde indicando el verde asiento en que se hallaban — no hemos de intentar deslizarnos bajo esas plantas trepadoras cuyas matas son lo bastante espesas para escondernos enteramente?

— ¡Oh! ¡magnífico, amigo mío, magnífico! — exclamó el joven Lagardère. — Es verdad, eso va á ocultarnos.

— Y al mismo tiempo nos permitirá observar lo que pasa por el jardín.

— Decididamente, es usted ingenioso, Romualdo. Hagamos pronto lo que dice.

Inmediatamente, los dos jóvenes levantaron la red de

plantas, tumbáronse debajo de ellas y se taparon lo mejor posible, conservando naturalmente la posición horizontal.

En esa posición, no podían temer ser vistos de nadie. Hicieron bien en no haber perdido el tiempo.

Apenas hacía diez segundos que estaban escondidos, cuando, de una de las casas, salieron un hombre y una mujer, encaminándose hacia aquel lado.

El hombre, de cierta edad, llevaba traje polonés; la mujer, una niña de diez y seis años á lo sumo, iba vestida con una larga bata que echaba hacia delante una prominencia abdominal muy significativa.

Acercáronse rápidamente á la tapia, caminando uno al lado de otro sin decir una palabra.

Él parecía estar aburrido; pero los dos amigos no podían juzgar sino por aproximación; puesto que aquél inclinaba algo la cabeza contra el pecho y no les enseñaba sino la parte superior de su gorro de astracán.

Ella, por el contrario, tenía los ojos alzados hacia el cielo, y su rostro, en el cual aparecían huellas de lágrimas recientes, parecía tener mortal tristeza.

— ¿Quién puede ser ese personaje? — murmuró Enrique.

— No sé, — contestó muy bajito el vizconde. — Pero la presencia de ese señor polaco en este lugar, es bastante rara, porque he oído decir que, aparte de Su Majestad y del ayuda de cámara, no entra aquí ningún hombre.

El que se acercaba y que intrigaba tanto á Dizons, era en realidad Luis XV; pero como los dos jóvenes no

habían podido aún verle el rostro, ni uno ni otro podían reconocerle bajo aquel traje de señor extranjero, pues el monarca se había disfrazado de príncipe Boleslas Kzinski, como cada vez que iba al Parque de los Ciervos.

De pronto, Luis XV y su compañera hicieron alto á dos pasos de la tapia.

— Vamos, Camila — dijo el primero. — Hablemos ahora razonablemente. La he traído aquí expresamente para podernos explicar con toda libertad sin que nadie pueda oírnos. ¿Que quieren decir esos ridículos reproches que acaba usted de dirigirme? Arrojarle á mis pies, suplicarme que no la abandone, amenazarme con matarse si dejo de amarla... La verdad, no comprendo absolutamente nada...

— No finja, príncipe — repuso la joven con firme acento y mirando bien de frente á su interlocutor; — comprende usted perfectamente el motivo de mis súplicas.

— ¡Un príncipe! — dijo aparte el vizconde. — ¿Qué misterio es este?... ¿Engañará Lebel á su amo?

— Una vez más, querida... — intentó protestar el falso señor polaco que, á pesar suyo, bajó la vista ante la escrutadora mirada de su compañera.

— Príncipe — dijo ésta en el mismo tono — le repito que es inútil fingir. ¡Usted quiere darme una rival!

— ¡Yo! ¿Eso cree usted, Camila? ¿Y qué ó quién ha podido meterle semejante idea en la cabeza?

— ¿Quién? nadie: es evidente que nadie ha venido á hacerme tal confidencia... ¿Qué? eso es ya otra cosa.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó el monarca, con acento de guasa — veamos lo que es, pues me intriga. Probablemente algún sueño que habrá usted tenido...

— ¡Oh! ¡no se trata de un sueño, sino de la realidad!

— ¿De veras?

— Mi bien amado príncipe — continuó la joven cuya entonación perdió su rudeza y se hizo casi tierna, — harto sabe usted que no es el hombre rico y aristócrata á quien en usted amo, sino al que primero se apoderó de mi corazón y me reveló las dulcísimas alegrías del amor. Y si hubiera usted sido oscuro y miserable, me hubiera entregado lo mismo con toda mi alma. Ya lo sabe, ¿verdad?

— Sí, sí, lo sé, niña querida — replicó Luis XV, emocionado, á pesar de su escepticismo, por aquella sincera confesión.

— Y ese cariño que es mi vida, mi existencia entera, ha desarrollado en mí un sentimiento de continua desconfianza, basado en el temor que tengo de perderle, temor ¡ay! muy justificado hoy.

— Pero, por tercera vez, le digo, Camila...

— Déjeme terminar. Á causa de mi desconfianza, desde que le pertenezco, me he dedicado á espiar constantemente lo que pasaba aquí, en este lugar aislado que parece separado del resto del mundo. Á veces he tenido extrañas sospechas; he oído varias veces voces femeninas, voces muy jóvenes que salían ora de la casa en que yo habito, ora de las casas vecinas. Pero nunca he podido profundizar estas sospechas, pues estoy, por

decirlo así, secuestrada, y no veo más que á usted y á esa vieja de Bertrand.

— ¿Y qué sospechas ha tenido? — preguntó el rey no sin alguna inquietud.

— No podría definir las; no obstante, puedo confesarle que á veces ha venido á mi imaginación la idea de que tengo rivales. Felizmente para mi tranquilidad, me ha sido imposible asegurarme de ello.

— Porque no puede usted hacerlo.

— ¡Bueno! Admito que me equivocaba.

— Como se equivoca usted todavía al sostener que hoy...

— Lo que es ahora, no, príncipe — interrumpió Camila, cuya voz se volvía dura. — Escuche y verá si tengo derecho á hablar con toda certidumbre. Durante la noche de antes de ayer, á eso de las tres de la mañana, yo, que no podía dormir por efecto del pesado calor que hacía, oí pasar ante mi casa un carruaje que se detuvo á poca distancia de ella.

Extrañada por tan insólito acontecimiento, y no pudiendo creer que fuera usted que venía á mi casa, pues nunca me ha visitado á tales horas, esa desconfianza de que le he hablado indújome á darme cuenta de lo que aquello significaba. Entonces, me levanté, abrí despacito la ventana y traté de ver afuera. Pero mi curiosidad fué frustrada, pues las contraventanas están cerradas exteriormente, y la hendidura que existe en medio no tiene bastante extensión para dejar que mis miradas llegasen hasta el carruaje.

El á quien la joven hablaba frunció imperceptible-

mente el entrecejo á las primeras palabras del relato que ella le iba á decir; pero, al oír esta última frase, se tranquilizó y miró al cielo, como si lo tomase por testigo de su satisfacción.

Ese movimiento puso su rostro en plena luz y lo hizo ver á los jóvenes ocultos bajo la yedra.

— ¡El rey! — exclamó el vizconde Romualdo.

— ¡El rey! — repitió Enrique, echando chispas por los ojos.

Afortunadamente para el joven, su amigo, que temía la impetuosidad de su carácter, le vigilaba con cuidado, y sus dos manos se posaron. una en la boca y otra en el hombro del marqués, en el momento en que por un impulso irreflexivo iba éste á lanzarse al jardín.

Algunas hojas de las plantas trepadoras removidas cayeron á los pies del rey, que acaso hubiera dado cierta importancia á esta singularidad de no estar absorbida toda su atención en las revelaciones de Camila que, en aquel momento, decía:

— Aunque mis ojos no veían, mis oídos percibían las palabras cambiadas entre dos personas.

Decía una de ellas, que, por la voz, conocí ser la señora Bertrand:

« — ¿Esta es la niña?

« — Sí — contestó la otra, cuyo acento me era desconocido.

« — ¡Bueno! Dígala que baje de la carroza.

« — Sería difícil, pues está durmiendo y no se despertará hasta mañana al mediodía.

« — ¡Duerme! — ¡ah! sí, ya comprendo. En ese

caso, cójala en brazos y llévela al cuarto enrejado.»

Aquí se produjo un momento de silencio, durante el cual distinguí el ruido de los muelles del carruaje que gemían cual si hubieran tenido que soportar algo muy pesado.

Comprendí que eso procedía de los esfuerzos que realizaban para sacar á la « niña » de dentro del vehículo.

Después, la señora Bertrand lanzó de repente una exclamación de alegría :

« — ¡Oh! ¡qué preciosa es! ¡Cuán contento estará el amo!... Creo que todo acabó para Camila... »

— ¡Cómo! — exclamó el rey fingiendo indignación.
— ¿Eso ha dicho la Bertrand?

— Sí, príncipe; son sus propias palabras — contestó la joven con tono lleno de amargura. — Y lo peor es que ha dicho la verdad — añadió dejando escapar un torrente de lágrimas.

— No, hija, no — protestó de nuevo el monarca — Sigo queriendo á usted mucho.

— ¿Á qué tratar de engañarme?... ¿No me demuestra todo, en usted, que ya no me ama?

— ¿En qué lo ve usted?

— En indicios que no pueden engañarme. En primer lugar, ayer, cuando vino á hacerme su visita cotidiana, sólo se quedó conmigo un momento. Además, en vez de estar atento y cariñoso como de ordinario, estaba usted sumamente frío y sólo me dirigía palabras secas, indiferentes. Y hasta parecían importunarle mis caricias...

Y sin embargo, no era así la víspera; pero, pocas horas han bastado para que otra tome mi puesto en su corazón... y me haya echado de él para siempre.

— Usted se crea tormentos á granel, Camila. Nunca me cansaré de decirle que nada he cambiado para con usted — repuso Luis XV, cuya actitud era cada vez más embarazosa, y que no podía disimular la impaciencia con que esperaba que terminase aquella escena.

— ¡Oh! ¡sí! Ha cambiado mucho. Hace un rato, he querido retenerle... y usted me ha rechazado casi duramente, apresurándose á librarse de mis abrazos. Entonces es cuando me he arrojado á sus pies, suplicándole que no me abandone... porque mi seno ha sido fecundo, y dentro de pocos meses seré madre.

— Creo inútil recordarle, Camila, que está asegurado el porvenir de ese niño, como también el de usted, en condiciones muy ventajosas.

— Sí, recuerdo sus promesas; me dijo usted que él y yo seríamos ricos.

— ¡Pues bien! ¿No es eso bastante para quitarle la inquietud que le preocupa? Sin embargo, pareció usted muy satisfecha cuando le indiqué mis intenciones sobre eso.

— Si parecí satisfecha, señor de Kzinski, es porque en esa solicitud vi una prueba más de su afecto. Pero poco me importaba ser rica ó no serlo, pues no creí que pudiera separarme de usted algún día... ¡Oh! ¡no! ¡nunca ha acudido á mi imaginación ese pensamiento! Al contrario, yo había concebido proyectos...

— ¡Proyectos! — interrumpió el rey — ¿cuáles? — preguntó con cierta ironía que rayaba en impertinencia. — ¿Habría usted sido lo suficientemente loca para esperar una unión...

— Legal? — terminó Camila — ¡Dios me libre! Aunque muy ingenua, muy ignorante de la vida, no estoy desprovista de sentido hasta el punto de aspirar, yo, pobre muchacha de origen plebeyo, á ser compañera legítima de un gran señor como usted. He aquí sencillamente en qué consistían mis proyectos. Yo pensaba, no sin razón: ya que mi dulce amigo ha pasado de la edad en que el corazón busca constantemente una nueva cadena, y parece complacerse á mi lado; ya que le gusta venir aquí á olvidar las penas de la existencia, á dejar la máscara de las convenciones mundanas, tan pesada de llevar, á temperar su alma fatigada al contacto de la mía que no conoce ni conocerá nunca la carga de las grandezas, ¿por qué no he de estar siempre á su lado para desempeñar el papel de amiga cariñosa? Me hallaría incesantemente dispuesta á confortarle, á consolarle de sus tristezas, á procurar apartarle, en la medida de mi poder, las espinas que pudiera encontrar en su camino. Y eso, no ostensiblemente, sino como lo he hecho hasta ahora, en la oscuridad, inadvertida de todos, no viviendo sino para él. ¡Sí, esa era mi sola ambición! ¡Ay! ¿Dónde están tan hermosos sueños? Desvanecidos con su amor... su amor que, desde hace dos días, pertenece á otra. En cuanto á mí, como ha dicho la señora Bertrand, todo ha concluído. No me queda más que irme...

ya no soy más que un estorbo... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué he hecho para ser tan desgraciada?

Y nuevo diluvio de llanto se escapó de los irritados ojos de la joven.

— ¡Oh príncipe! ¡mi muy querido príncipe por quien he tenido tanta alegría, tanta dicha, no me retire su ternura!... Le ruego que continúe siendo para mí lo que siempre ha sido, es decir, bueno y amante... Esa mujer que acaba de ser introducida aquí, nunca le tendrá amor tan intenso como el mío. No, no puede ser. Si le fuera posible leer en mi corazón, vería que está lleno de usted, nada más que de usted, y que no queda en él lugar alguno para otro afecto... Sea, pues, generoso y no destroce más este corazón que tanto le quiere... ¡Piedad para mí!... ¡Piedad para la inocente criatura que ya se agita en mi seno!...

El acento de la desgraciada joven hubiera enternecido á una roca;... sin embargo, no conmovió á Luis XV. Como este no pensaba sino en la señorita de Nevers, á la que esperaba convertir pronto en su querida, las palabras de Camila no hicieron más que irritarle.

— ¡En verdad, querida mía, es usted atormentadora! — replicó con tono en que se notaba vivo enfado.

Luego, cansado de fingir, y con ganas de acabar, añadió:

— Sea; admitamos que mi pasión hacia usted haya perdido algo de su intensidad y que mi alma busque en otra parte nuevo alimento á su constante necesidad de amar, ¿deja usted por eso de tener segura mi amis-

tad? Una amistad verdadera y sincera, que le prometo desde ahora y que no le faltará nunca. Creo que este cariño vale tanto como el otro... y ofrece sobre éste la ventaja de ser mucho más duradero. En cuanto á marcharse de aquí, nadie le obliga á ello; no obstante, si usted quiere irse, puede hacerlo. En cuanto se vaya, se hará todo lo necesario para proporcionarle una posición que le permita tener cierta categoría en la sociedad, que le procure los goces del lujo y...

— ¡Basta! — interrumpió Camila irguiéndose altivamente y haciendo un violento esfuerzo para ahuyentar sus lágrimas, — no podría escucharle más. ¿Se ha decidido por fin á confesar que le soy indiferente? Bueno. Esta declaración me dicta mi conducta y voy á salir inmediatamente de este lugar en donde, como veo, estoy ya de más. Pero me niego á aceptar la limosna que usted me ofrece, porque, aunque no soy más que una pobre muchacha de condición oscura, no por eso dejo de tener el sentimiento del honor; sepa, pues, ya que parece ignorarlo, que me he dado á usted; pero no vendido... Además, para lo que pienso hacer una vez fuera de aquí, miseria ó riqueza...

— ¿Cuál es, pues, su resolución?

— Ya se la he dado á conocer.

— ¡Atentar contra sus días, insensata! ¡No lo piense usted!

— Sí, lo pienso, príncipe. Mi lugar no existe ya en la tierra: ni en casa de mis padres, de cuyos brazos me arrancaron y para quienes sería yo un sujeto continuo de vergüenza; ni en el mundo... el mundo honrado...

donde todos se apartarían de mí, como de una criatura infame. El único puesto que me hubiera convenido era el que yo soñaba á su lado, en la oscuridad ¡No me lo conceda! La muerte es, pues, mi único refugio. Ahora, antes de marcharme, antes de abandonarle para siempre, una palabra más.

Y dirigiendo al rey una mirada profunda, añadió Camila, subrayando todas las palabras:

— ¡Sire, lo que hace usted, está muy mal hecho!...

— ¿Eh? ¿Qué es lo que he oído? — exclamó Luis XV, sobresaltado violentamente. — ¿Qué título me da usted?

— El que pertenece á Vuestra Majestad.

— ¿Luego sabía usted...?

— Sí, sabía quién era usted?...

— Pero, ¿cómo lo ha podido saber?...

— Por una carta que, cierto día, sin darse cuenta, dejó usted caer en mi cuarto y cuya firma me reveló su verdadera calidad; revelación que, por lo demás, en nada modificó mi modo de ser para con usted, porque, antes de ser rey de Francia, era usted rey de mi corazón, título, á mis ojos, muy por cima del primero...

Prosigo. Le decía, pues, Sire, que lo que hace usted está mal. Hace todavía seis meses, era yo la alegría de mi padre y de mi madre, modestos comerciantes que veían en mí el consuelo de su vejez. Una noche invadieron su morada dos desconocidos, y, á pesar de los lloros y gritos de los infortunados ancianos, me arrastraron fuera y me condujeron aquí. En la exasperación en que me había sumido tan odioso acto, estaba

yo resuelta á emplear todos los medios para recuperar mi libertad, aunque para ello tuviese que llegar á cometer un crimen. Pero apareció usted, le amé y olvidé mis proyectos de fuga, el rapto de que había sido víctima y hasta ¡ay! el dolor en que deberían de estar postrados mis desdichados padres... Sí, mi amor me absorbía por entero y me volvía cobarde hasta el punto de que todo cuanto no se relacionase con él era, para mí, la nada.

¡Hoy, sin cuidarse de mi reputación perdida, sin recordar las horas tan dulces que hemos pasado juntos, á Vuestra Majestad le parece bien dejarme como se deja un trasto inútil!

Es usted muy dueño, Sire. Su voluntad es soberana y no tengo más remedio que inclinarme ante ella. Pero, se lo repito, ¡está mal!... ¡está mal!... Y el día que Dios pese los actos de los dos...

— ¡Basta, Camila, basta! ¡se lo ordeno!... — exclamó Luis XV que, estupefacto por saber que la joven conocía su personalidad, no había pensado en interrumpirla hasta aquella invocación á la justicia de arriba, justicia á la que tenía insuperable terror. — El secreto que usted ha sorprendido es de tal gravedad, que me veo obligado á tomar con usted medios especiales de seguridad. Entre inmediatamente en su cuarto, y espere en él mis órdenes.

El tono del monarca era duro é imperativo : era el de un amo que habla á su esclavo.

Comprendió Camila que hubiera debido guardarse para ella sola su descubrimiento, y que al declarar

poseer ese secreto se había perdido irremisiblemente en el espíritu de su antiguo amante.

— Le juro, Sire, que nadie lo sabrá...

— Váyase, le digo — reiteró vehementemente Luis XV. — No quiero oír nada más... ¡Márchese!...

Y con ademán violento, indicó á la joven el camino de la casa que ella ocupaba.

Subyugada la pobre muchacha por aquel acento imperioso y por la terrible mirada que de las pupilas del rey salía, inclinó la cabeza en silencio y se fué lentamente con paso maquinal, dando señales de la más profunda desesperación.

El supuesto príncipe polaco la siguió con la vista, conservando todavía el brazo tendido y muy parecido en esa posición — aunque siempre con alguna diferencia — al arcángel expulsando á Adán y Eva del paraíso terrenal.

Así que la vió desaparecer, bajó el brazo, meditó algunos instantes, y luego, abandonó á su vez aquel sitio, con muy preocupado aspecto.

Su « Majestad » que tan cuidadosamente depositaba siempre á la puerta de su harén, se veía atacada por la confianza que acababa de hacerle Camila.

Poco después, el marqués y el vizconde, á quienes no había escapado ninguna palabra de la explicación que acabamos de relatar, percibieron por la parte de la entrada del Parque de los Ciervos, el ruido de una carroza que rodaba con rapidez.

Levantáronse ligeramente sobre su lecho de follaje y entonces vieron una carroza que doblaba por la

esquina de la calle de Saint-Médéric y que luego tomó la dirección del castillo.

— Es el rey que sale — dijo el marqués, cuyas facciones estaban contraídas por haber contenido tanto tiempo su exasperación.

— Se da prisa para ir á contar á madama de Pompadour su conversación con esa muchacha — sobre todo el final — y pedirle consejo — observó el vizconde.

— ¡Pobre Camila! ¿qué va á ser de ella?

— ¡Pobre Francia! habría que decir, — murmuró, con amargura, Romualdo. — Pobre Francia, que debe obedecer á tal hombre... En cuanto á la joven, hará lo que han hecho tantas otras que, prefiriendo sepultarse vivas á hacer pública su deshonra, han acudido á la soledad del claustro.

— Á menos que, según tiene intenciones, se mate para no tener más que padecer.

— Ese sería, en efecto, un remedio á sus males; pero es de esperar que reflexione y cambie de idea, porque muy triste es llegar á ese extremo á su edad, por la sola culpabilidad de haber creído en el amor...

— ¡De un rey!... — añadió el marqués, — lo que, según parece, merece castigo.

Callaron ambos jóvenes, y empezaron otra vez á explorar con la vista la extensión del jardín.

XVIII

INTELIGENCIA IMPOSIBLE

Dos horas largas transcurrieron sin que se turbasen lo más mínimo la soledad y el silencio del cercado; y ya empezaban nuestros dos amigos á impacientarse temiendo que, por cualquiera causa, no apareciese la que ellos esperaban, cuando la vieron bajar por la escalinata del pabellón pequeño.

— ¡Ahí está! — exclamaron simultáneamente.

— Hagámosla pronto una seña — propuso el marqués.

— Dejemos primero que se acerque; todavía está muy lejos y no nos reconocería — repuso el vizconde.

— ¿Cree usted?

— Seguramente, y tal vez, nuestras señas, en vez de atraerla hacia nosotros, la espantarían, induciéndola á entrar de nuevo.

— Es verdad; no se me había ocurrido.